

**HUGO CHÁVEZ**

**NUESTRO  
HEROE  
ES LA  
GRAN BESTIA  
POP**

*La muerte de Hugo Chávez (1954 – 2013) reforzó su mito e inició su resurrección. ¿Quién fue? Eso es algo que iré descifrando la historia, aunque su tiempo transcurra más lento que el tiempo de la actualidad. Así y todo, frente a cualquier mención de su figura, nunca podrán faltar dos palabras: América Latina.*

por **Juan José Becerra** / fotos **Pablo Torello**, desde Caracas.

“Yo, Hugo Chávez, no soy marxista pero no soy antimarxista. Ni soy comunista, pero no soy anticomunista”. Esta frase defensiva, con la que Chávez intenta decir quien no es, fue pronunciada en la entrevista *Habla el comandante*, realizada por Agustín Blanco Muñoz y publicada por la Universidad Central de Venezuela en 1998, poco meses antes de que llegara a la presidencia con algo más del 56% de los votos.

No fue un acto de desdén ideológico sino un modo de hacer convivir el cál-

culo electoral con una verdad íntima. Chávez llegó al poder con un discurso nítido: el de la antipolítica. Montado sobre el descrédito de los partidos tradicionales, su ascenso fue una salida inesperada para la democracia venezolana. Pero lo que Hugo Chávez sí era –lo que apuntalaba el “discurso” chavista del futuro– se fue desentumeciendo para ganar soltura hasta presentarse, en su totalidad, con las características que a lo largo de los años no cambiaron: las de un positivo verbal híbrido, del que Chávez

fue sin dudas un *autor*, que incluyó una lectura apologética de la historia de Venezuela y un nacionalismo latinoamericanista. En menos palabras: un regreso a la vida, la obra y los actos de Simón Bolívar. Como le confesó a la revista chilena *Qué Pasa* en 1999: “En vez de Superman mi héroe era Bolívar”. Sobre la figura de ese “otro” Libertador de América orbitan, además, dos héroes de menor porte: el federalista Ezequiel Zamora (para alguien que, como Chávez, viene de la llanura, el federalismo es una simpa-





tía obligada) y Pedro Pérez Delgado, su bisabuelo conocido por “Maisanta”, caudillo llanero de quien Hugo Chávez dijo alguna vez, y seriamente, ser su reencarnación.

Sobre ese piso –el del contenido; un piso programático de características restauradoras–, el encanto personal de Chávez no hizo otra cosa que expandir el liderazgo pop más extraordinario del continente desde la muerte de Juan Domingo Perón. Comparable con la verborragia marcial de Fidel Castro, el registro de Chávez es, sin embargo, el de un guerrero ablandado por el melodrama, el sentimentalismo y hasta la melancolía de la teleculebra, cuyos yacimientos venezolanos son tan abundantes y prósperos como los del petróleo.

Una anécdota de juventud une esos dos mundos que tanto se han despreciado entre sí. A fines de los años 70, ocurre el bautismo televisivo de Chávez. En Maracaibo, durante un programa de los llamados maratónicos, se elige una reina de belleza. La escena

**Comparable con la verborragia de Fidel Castro, el registro de Chávez es el de un guerrero ablandado por el melodrama, el sentimentalismo y la melancolía de la teleculebra, cuyos yacimientos venezolanos son tan abundantes y tan prósperos como los del petróleo.**

termina con la irrupción de un paracaidista, quien desciende del “cielo” (arnés mediante) para entregarle una flor a la belleza. ¿Quién es el paracaidista? Hugo Chávez. La anécdota fue recordada tiempo más tarde por el propio Chávez adelante del animador de aquel evento, Gilberto Correa.

El 12 de marzo de 1974, Chávez participa como cadete de un desfile en honor a la asunción del presidente Carlos Andrés Pérez. Esa misma noche anota en su diario: “Por la noche, después que apagué las luces, fui a ver la retransmisión del desfile por TV. Me fijé mucho cómo pasé ante la tribuna. ¿Me verían en mi casa?”. La preocupación telegénica convivía con la lectura de textos políticos. Su llegada a la Academia Militar fue, literalmente, con un ejemplar del *Diario del Che Guevara* debajo del brazo. Con esa mística, la del martirio latinoamericano, funda su universo de retrorevolucionario.

Hugo Chávez, que en la adolescencia de Barinas se ganó por su delgadez el apodo de “Tribilín”, fue luego un



hombre de liqui-liqui (traje de los llanos) y, por extensión, cantante vocacional de corridos llaneros y joropos, esa música un poco densa que puede escucharse en las llamadas en espera de los teléfonos oficiales.

Durante su juventud soñó con ser un pitcher idolatrado por las multitudes, como su dios deportivo "Látigo" Chávez (el Bolívar del béisbol). Con ese plan oculto, el de batear "jonrones" a diestra y siniestra, ingresó a la Academia Militar, donde sobresalió por su desenvoltura todo terreno y su talento de "mamador de gallo" (bromista).

Pero más allá del pintoresquismo, detrás incluso de su manera abarcativa de asir con sus propias manos las herramientas del Estado para dominarlas a fondo, Hugo Chávez iluminó los extensos sembrados de la pobreza venezolana. Por fin, la pobreza venezolana, reprimida por los fulgores de la burguesía petrolera, existió. Si los años del chavismo se caracterizan por un objetivo del que Chávez nunca se desvía —dejemos el análisis de

los objetivos pequeños para otra ocasión—, ese objetivo es el del ataque a la pobreza. Hasta la llegada de Chávez al poder, ser pobre en Venezuela equivalía a ser invisible, inaudible: imperceptible, un *garabombo*. Chávez tradujo el concepto de pobreza, que a veces encabeza el glosario del cinismo ideológico, a la "unidad pobre" (los pobres se cuentan de a uno).

La noche del 6 de diciembre de 1998, al asumir su primera presidencia, Chávez se acerca a su amigo William Izarra y le dice: "Lo logramos hermano, después de tantos años ahora es que empieza la revolución". Con la palabra "revolución" quizás se haya referido a la palabra "reformismo". Pero en todo caso no fue una idea nueva. En su diario de juventud, casi treinta años antes, había descrito la pobreza venezolana con un aire de indignación: "Con un cuadro así, siento cómo hierve la sangre en mis venas, y me convengo de la necesidad de hacer algo, lo que sea, por esa gente".

No es muy extensa la lista de quie-

nes deciden hacer algo por "esa gente". Sí la es la de los que prefieren no hacer nada. En 2002, los enemigos de Chávez lo expulsan del gobierno sin las delicadezas que tanto le exigieron a él. Como nunca antes en otro lugar del mundo, se "eligió" sucesor a Pedro Carmona, presidente de Fedecámaras, la corporación de patrones de Venezuela. Carmona encabeza, valgan las redundancias, el "Carmonazo", se jura ante sí mismo desempeñar su cargo de Presidente de la República, y llama a la "unidad nacional" mediante... el "Decreto Carmona". El asalto equivaldría, en la Argentina, a que se derroque a un presidente elegido en las urnas y se lo reemplace por el presidente de la U.I.A., o de la A.F.A. (da lo mismo). La aventura —el cardonaday— duró sólo 48 horas.

Para entrar al espacio exterior de la historia y la mitografía, a Chávez le faltaba morir. El hecho sucedió en medio de una expectativa por su enfermedad que filtró la política venezolana de un melodrama al que le faltaba su tragedia. Desde entonces, la discusión sobre Chávez (sobre el sentido de su vida y de su obra) comenzó con una sola condición: la de no terminar nunca.

Gabriel García Márquez, temeroso de caerle mal a su amplísimo mercado de lectores, entrevistó a Chávez en 1999. La entrevista se tituló, para amortiguar cualquier posibilidad de quedar pegado con el personaje con el que viajó de La Habana a Caracas, "El enigma de los dos Chávez". O sea: dos enigmas.

En el último párrafo, García Márquez dice: "Mientras se alejaba entre sus escoltas de militares condecorados y amigos de la primera hora, me estremeció la inspiración de que había viajado y conversado a gusto con dos hombres opuestos. Uno a quien la suerte empedernida le ofrecía la oportunidad de salvar a su país. Y el otro, un ilusionista, que podía pasar a la historia como un déspota más". Los rótulos de salvador o déspota ondulan en un rango excesivamente elevado para describirlo en el espacio siempre decepcionante de la realidad. Pero es cierto que hay dos Hugo Chávez. Si no los hubiese, no habría mito sino santidad que, como sabemos, es el mito de una sola cara.

De los dos, pensemos en los desniveles de América Latina yelijamos uno.